

Me topé un día con un camino que erraba tan sin destino que se adecuaba a mi ánimo y lo seguí; y me llevó sin demora a las profundidades de un bosque. En medio de él, en cierto sitio el Otoño tenía su corte coronada de espléndidas guirnaldas; y era víspera de su festival anual del Baile de las Hojas, el festival cortesano en el que el Invierno hambriento se precipita como la chusma, y resuenan allí los clamores del Viento del Norte que triunfa; y todo el esplendor y la gracia de los bosques desaparece y huye el Otoño destronado y olvidado para nunca volver.

Otros Otoños se levantan, otros Otoños, que sucumben ante otros Inviernos. Otro camino conducía a la izquierda, pero el mío continuaba recto. El camino de la izquierda tenía aspecto transitado; había huellas de ruedas en él y parecía ser el que con tino debía seguirse. Daba la impresión de que nadie tuviera nada que hacer con el camino que continuaba recto colina arriba. Por tanto, continué recto colina arriba; y aquí y allí en el camino, crecían hojas de hierba imperturbadas en el reposo y la quietud que se había ganado el camino con subir y bajar por el mundo; porque se puede ir por este camino, como por todos los caminos, a Londres, a Lincoln, al Norte de Escocia, al Oeste de Gales y a Wrellisford, donde los caminos acaban.

En seguida el bosque llegó a su término y llegué a campo abierto y, al mismo tiempo, a la cima de la colina; vi los sitios elevados de Somerset y las colinas de Wilts extenderse a lo largo del horizonte. De pronto vi por debajo de mí la aldea de Wrellisford sin otra voz en sus calles que la del Wrellis que rugía al verterse en una esclusa por sobre la aldea. De modo que seguí mi camino cuesta abajo desde la cima de la colina y el camino iba haciéndose más lánguido a medida que descendía por él y cada vez menos concentrado en los cuidados de una carretera. Aquí brotaba una fuente en pleno camino y allí otra. Él seguía como si tal cosa. Un arroyo lo atravesaba y él avanzaba aún.

De pronto exhibió precisamente la cualidad que un camino nunca debe poseer y renunciando a toda conexión con Caminos Reales, a su parentesco con Piccadilly, se redujo a un mero sendero que sólo podía transitarse a pie. Me condujo entonces al viejo puente que se tendía sobre el arroyo y, de ese modo, llegué a Wrellisford y encontré, después de haber recorrido múltiples tierras, una aldea que no tenía huellas de ruedas en sus calles. Al otro lado del puente, mi amigo el camino se afanaba cuesta arriba unos pocos pies por un declive cubierto de hierbas, y acababa. Una gran quietud descendía sobre toda la aldea, sólo atravesada del rugido del Wrellis y,

ocasionalmente, del ladrido de un perro que vigilaba la quietud interrumpida y la santidad del camino intransitado.

Esa terrible y devastadora fiebre que, a diferencia de muchas pestes, no viene del Oriente sino del Occidente, la fiebre del apuro, no había llegado aquí; sólo el Wrellis se apresuraba en su eterna búsqueda, pero era el suyo un apresuramiento sereno y plácido, que le daba tiempo a uno para una canción. Era temprano por la tarde y no había nadie en derredor. O se encontraban trabajando más allá del misterioso valle que alimentaba a Wrellisford y la ocultaba a los ojos del mundo o se mantenían reclusos en sus casas de construcción antigua, techadas con tejas de piedra. Me senté en el viejo puente de piedra y observé el Wrellis, que me pareció el único viajero que venía de lejos a la aldea en que los caminos terminan, para seguir luego de largo.

Y, sin embargo, el Wrellis llega cantando desde la eternidad, se demora por un breve tiempo en la aldea en que terminan los caminos y sigue luego adelante hacia la eternidad otra vez; y con seguridad hace lo mismo todo lo que mora en Wrellisford. Mientras me inclinaba sobre el puente me pregunté dónde se toparía el Wrellis con el mar por primera vez, si mientras serpenteaba sereno por prados en su larga búsqueda lo vería de pronto y, saltando por sobre un rocoso escarpado le llevaría sin demora el mensaje de las colinas; o si ensanchándose lentamente en un gran estero alimentado por las mareas, le llevaría al mar el sobrante de sus aguas y el poder del río le saldría al encuentro al poder de las olas como dos emperadores vestidos de resplandeciente armadura se encuentran a mitad de camino entre sus dos ejércitos dispuestos para la guerra; y el pequeño Wrellis se convertiría en puerto para los barcos que retornan y en lugar de partida para los hombres aventureros.

Algo más allá del puente se erguía un viejo molino con el techo en ruinas y un pequeño ramal del Wrellis se precipitaba a través del vacío gritando como un niño que jugara solo en el pasillo de alguna casa desolada. La rueda del molino había desaparecido, pero había todavía esparcidas barras, ruedas dentadas, los huesos de alguna industria muerta. No sé qué industria fue otrora señor de esa casa, no sé qué séquito de trabajadores guarda ahora luto por ella; sólo sé quién es ahora señor en todas estas cámaras vacías. Pues tan pronto como entré, vi todo un muro recubierto de un maravilloso tapizado negro, inapreciable por inimitable y demasiado delicado como pasar de mano en mano entre los mercaderes.

Contemplé la maravillosa complejidad de sus infinitas hebras; mi dedo se hundió en el más de una pulgada antes de percibir su tacto; tan negro era y tan cuidadosamente trabajado, tan sombríamente cubría toda la pared, que podría haberse fabricado para conmemorar la muerte de todo lo que alguna vez hubiera vivido allí, como en verdad sucedía. Miré por un agujero abierto en la pared una cámara interior en la que una correa de transmisión gastada se extendía entre varias ruedas y allí esta inimitable tela sin precio no meramente vestía las paredes, sino que colgaba desde barras y el cielorraso en hermosos cortinados, en maravillosos festones. Nada era feo en esta casa

desolada, porque la afanada alma de artista de su actual señor lo había embellecido todo en su desolación.

Era el inconfundible trabajo de la araña, en cuya casa me encontraba, y la casa era enteramente desolada, salvo para ella, y estaba totalmente sumida en el silencio con excepción del rugido de Wrellis y la voz de la pequeña corriente. Luego volví a casa; y mientras ascendía la colina y perdía la aldea de vista, vi el camino blanquearse, endurecerse y gradualmente ensancharse hasta que aparecieron huellas de ruedas; y siguió avanzando a lo lejos para llevar a los jóvenes de Wrellisford a las amplias sendas de la tierra: al nuevo Occidente, al misterioso Oriente y al perturbado Sur.

Y esa noche, cuando la casa estuvo acallada y el sueño se encontraba lejos silenciando los villorrios y trayendo paz a las ciudades, mi fantasía erró por el camino sin destino y me llevó de pronto a Wrellisford. Y me pareció que el tránsito de tantos viajeros durante tantos años entre Wrellisford y John o' Groat's, al conversar entre sí o musitar solitarios, le había dado una voz al camino. Y me pareció esa noche que el camino le hablaba al río junto al puente de Wrellisford, con la voz de muchos peregrinos. Y el camino le decía al río:

—Este es mi lugar de descanso ¿Y el tuyo?

Y el río, que no cesa nunca de hablar, respondió:

—Yo no descanso nunca de ejecutar el Trabajo del Mundo. Llevo el murmullo de las tierras interiores al mar y a las voces abisales de las colinas.

—Soy yo —dijo el camino— el que ejecuta el Trabajo del Mundo, y llevo de ciudad en ciudad el rumor de cada una de ellas. Nada hay más grande que el Hombre y la edificación de las ciudades. ¿Qué haces tu por el hombre?

Y el río respondió:

—La belleza y el canto son más grandes que el hombre. Yo llevo la nueva al mar de la primera canción del zorzal después de la furiosa retirada del invierno hacia el Norte. Y la primera tímida anámina se entera por mí de que está a salvo y que la primavera ha en verdad llegado. ¡Oh, la canción de todos los pájaros en primavera es más hermosa que el Hombre, y más deleitable que su cara es la llegada del jacinto! Cuando la primavera se desvanece en los días del verano me llevo con luctuosa alegría por la noche pétalo por pétalo la flor del rododendro. No hay procesión iluminada de reyes purpurados en la noche que sea tan bella. Ninguna muerte hermosa de hombre bienamado tiene semejante gloria de olvido. Y me llevo lejos los pétalos rosas y blancos de la juventud del manzano cuando el tiempo laborioso viene a hacer su trabajo en el mundo y a recolectar manzanas. Y cada día y todas las noches me arrebatla la belleza del cielo y tengo maravillosas visiones de los árboles. Pero ¡el

Hombre! ¿Qué es el hombre? En el antiguo parlamento de las más viejas colinas, cuando los encanecidos conversan entre sí, no dicen nada del Hombre, sino que se centran sólo en sus hermanas las estrellas. O cuando se envuelven en capas de púrpura al caer la tarde, se lamentan por algún viejo mal irreparable o, cantando algún himno de montaña, se conduelen todos por la puesta de sol.

—La belleza a que te refieres —dijo el camino— y la belleza del cielo, de la flor del rododendro y de la primavera sólo viven en la mente del Hombre, y salvo en la mente del Hombre, las montañas no tienen voz. Nada es hermoso que no haya sido visto por el ojo del Hombre. O si tu flor del rododendro fue hermosa por un instante, pronto se marchita y se ahoga y la primavera no tarda en acabar; la belleza sólo perdura en la mente del Hombre. Yo traigo de prisa pensamientos a la mente del Hombre todos los días desde lugares remotos. Conozco el Telégrafo, lo conozco bien; él y yo hemos andado centenares de millas en compañía. No hay tarea en el mundo salvo que esté destinada al hombre y a la edificación de las ciudades. Yo llevo y traigo bienes de ciudad en ciudad.

—En mi pequeña corriente que ves allí en el campo —dijo el río— solía otrora producir bienes para esa casa.

—Ah —dijo el camino—, lo recuerdo, pero yo los traje más baratos desde ciudades distantes. Nada tiene importancia salvo edificar ciudades para el Hombre.

—Sé tan poco de él —dijo el río—, pero tengo mucho que hacer: tengo toda esta agua que llevar al mar; además, mañana o el día después, todas las hojas del Otoño vendrán por aquí. Será muy hermoso. El mar es un lugar extremadamente bello. Lo sé todo a su respecto; oí a los pastorcillos cantar canciones sobre él y a veces, antes de una tormenta, llegan las grullas. Es un lugar enteramente azul y resplandeciente y está lleno de perlas; tiene islas de coral e islas donde abundan las especias; tormentas, galeones y los huesos de Drake. El mar es mucho más grande que el Hombre. Cuando llegue al mar, sabrá que he trabajado bien para él. Pero debo apurarme, porque tengo mucho que hacer. Este puente me demora un tanto; algún día me lo llevaré.

—Oh, no debes hacer eso —dijo el camino.

—Oh, no lo haré por un largo tiempo todavía —respondió el río—. Dentro de algunos siglos, quizás. Además, tengo mucho que hacer. Tengo mi canción que cantar, por ejemplo y eso, por sí solo, es más hermoso que ningún sonido hecho por el hombre.

—Todo trabajo es para el Hombre —dijo el camino— y para la edificación de ciudades. No existe belleza ni encanto ni misterio en el mar, salvo para los hombres que viajan por él al extranjero, o para los que permanecen en su casa y sueñan con él. En cuanto a tu canción, suena noche y mañana, año tras año en el oído de los hombres nacidos en Wrellisford; de noche forma parte de sus sueños, a la mañana es la voz del día y,

así, se vuelve parte de sus almas. Pero la canción no es hermosa de por sí. Yo llevo a estos hombres con tu canción en el alma por sobre el borde del valle y mucho más allá todavía, donde soy un fuerte camino polvoriento, y ellos van con tu canción en el alma y la convierten en música que alegra a las ciudades. Pero nada es el Trabajo del Mundo, salvo el trabajo para el Hombre.

—Quisiera tener certeza sobre el Trabajo del Mundo —dijo el río—. Quisiera saber de cierto para quien trabajamos. Creo casi sin la menor duda que lo hacemos para el mar. Es muy grande y hermoso. No creo que pueda haber algo mayor que el mar. Creo que algún día estará tan lleno de encanto y misterio, tan lleno de los cencerros de las ovejas y el murmullo de las colinas escondidas en la niebla que nosotros los ríos le llevamos, que ya no quedará música o belleza en el mundo, y el mundo llegará a su fin; y quizá los ríos nos recojamos por fin, todos juntos, en el mar. O quizás el mar nos dé por fin a cada cual lo que le es propio y devuelva todo lo almacenado con los años: los pequeños pétalos de la flor del manzano, los llorados del rododendro y nuestras antiguas visiones de los árboles y el cielo; tantos recuerdos nos han dejado las colinas. Pero ¿quién puede saberlo? Porque ¿quién conoce las alas del mar?

—Ten seguridad de que todo es para el Hombre —dijo el camino—. Para el Hombre y la edificación de las ciudades.

Algo se había acercado con pasos del todo silenciosos.

—¡Paz, paz! —dijo—. Perturbáis a la noche principesca que, llegada a este valle, es huésped de mis oscuros recintos. Pongamos fin a esta discusión.

Era la araña la que hablaba.

—El Trabajo del Mundo es la edificación de ciudades y palacios. Pero no es para el hombre. ¿Qué es el hombre? Él sólo prepara las ciudades para mí y las sazona. Todas sus obras son feas, sus más ricos tapices son ásperos y torpes. Es un ocioso que mete ruido. Sólo me protege de mi enemigo, el viento; y el hermoso trabajo de las ciudades, los trazados curvos y los delicados tejidos, todos me pertenecen. De diez a cien años lleva la edificación de una ciudad, durante cinco o seis siglos más entra en sazón y se prepara para mí, luego yo la habito y oculto todo lo que en ella es fea; y trazo hermosas líneas de aquí para allá. No hay nada tan hermoso como las ciudades y los palacios; son los sitios más encantadores del mundo, porque son los más silenciosos y los que más se parecen a las estrellas. Son ruidosos en un principio, durante cierto tiempo, hasta que yo llego a ellos; tiene rincones feos que no han sido todavía redondeados y ásperos tapices; entonces están listos para mí y mi exquisito trabajo, y así se vuelven silenciosos y bellos. Y allí recibo a las noches principescas cuando llegan enjoradas de estrellas y todo su séquito de silencio, y las regalo con polvo precioso. En una ciudad de la que tengo conocimiento, ya cabecea adormilado un centinela solitario cuyos señores están muertos, que se ha vuelto demasiado viejo y

somnoliento como para expulsar el denso silencio que infecta las calles; mañana iré a ver si se encuentra todavía en su puesto. Para mí se construyó Babilonia y la rocosa Tiro; y los hombres todavía construyen mis ciudades. Todo el Trabajo del Mundo es la creación de ciudades y yo soy la que las hereda todas.